

HISTORIA DE LA CAÑERÍA DE HEREDIA

Por MANUEL A. ARCE M.¹

A la memoria de don Tranquilino Sáenz, un hombre íntegro.

Era una tarde de invierno. Había terminado mis labores rutinarias y sentí el deseo de aprovechar las horas que aun quedaban en algo que me dejara una enseñanza y fuera a la vez un regalo para el espíritu. Dirigí mis pasos hacia la casa de don Tranquilino Sáenz, mi viejo profesor de Historia. Cuando llegué, estaba paseándose en el corredor de su casa, rumiando quién sabe qué ideas; estaba igual que cuando, siendo yo un chiquillo de primer año, era mi profesor de Historia, con la diferencia de que ahora lucía una barba blanca y larga que me hizo recordar el rostro de algunos filósofos y patricios antiguos; este parecido me vino a la imaginación en cuanto a lo físico, ya que desde el punto de vista moral e intelectual estaba bien acentuada en mí la semejanza. En verdad, siempre que en mis ratos de ocio dedicaba el tiempo a leer la vida de un gran hombre, faro moral de algún pueblo o alguna época, inconscientemente se me venía a la memoria la silueta de don Tranquilino.

Llegué a la puerta y después de saludarlo le dije: -Don Tranquilino, deseo que Ud. me cuente algo de la Heredia vieja, sobre todo del origen y desarrollo de nuestra cañería.

-Sí señor, con mucho gusto-contestó-. Pase adelante.

"Señor" - ¡me pareció tan raro! ¡Señor a mí, que podría haber sido su hijo" y aun más, su nieto! ¡A mí, que comparativamente a sus años, inteligencia y civismo resultaba ser un chiquillo! Pero es que él, como gran hombre que era, siempre encontraba algo de grande en sus semejantes. Era al estilo de esos hombres que si ven a un petirrojo cubriendo de hojas secas el cadáver de un animal, creen que lo hace por piedad y no porque esperan que nazcan más pronto miles de larvas con las cuales podrá darse un festín. Era de los bien pensados, como los llama Tomás Meabe. Aquilataba a sus semejantes conforme a su manera de ser y de pensar; por eso encontraba siempre algo de bueno y admirable en los demás. ¡Espíritu sublime ajeno a las bajas pasiones! ¡Qué bien estaría su nombre entre los de las "Vidas" de Romain Roland!

Una vez en la sala y después de haberle repetido mi deseo, clavó su vista en el vacío como queriendo rasgar con la mirada el velo del tiempo para poder revivir aquellos días o recordar lo que su padre, don Matías, le contara, y dijo:

¹ De: **EDUCACIÓN**, No. 106-108, septiembre a noviembre 1942, p. 43-50

"El problema de la mala agua de Heredia ha sido de siempre. Esta ciudad, en los primeros días, estaba situada al sur de donde está actualmente, es decir, más o menos donde está "La Lagunilla", lugar donde casi no había agua potable; por esa razón sus pobladores decidieron acercarse más a Barba y San Rafael, lugares donde se encontraba en mayor cantidad y con más facilidad; escogieron, pues, el sitio donde está ahora. Una vez en él, los heredianos decidieron traer el agua, lo lograron.

La primera cañería la constituyó un zanjón que dividía a la ciudad en dos partes y la recorría de este a oeste, (actualmente avenida novena), y luego tomaba la dirección sur, por la que es hoy Calle de 'San Felipe, y seguía luego hacia el oeste, pasando por San Francisco. El agua era traída a ese zanjón por medio de una acequia procedente de San Rafael, de tal manera que recorría la parte noreste de la ciudad.

A esa cañería primitiva iban las mozas muy de mañanita, rebosantes de alegría y con su tinaja al cuadril, a recoger el agua que habían menester para las faenas del día, cuidando de no salpicarse su almidonada camisa de gola blanca o sus enaguas floreadas.

Cuando llovía, la zanja, en algunas partes, ponía en apuros a la gente, que tenía que atravesarla por medio de tablas que eran verdaderos puentes. Pero este estado de cosas no podía permanecer igual indefinidamente; algunas personas debían preocuparse por mejorarlo. Estas personas aparecieron: fueron dos ilustres hombres, cuya memoria , debemos honrar, pues sus hechos y palabras repercuten aún en el ambiente: fueron don Juan María Solera Reyes y don Rafael Moya.

El primero era el sacristán de la Parroquia y hombre de consideración; se preocupó mucho por traer el agua de las fuentes de San Rafael y por mejorar las zanjas.

Don Rafael era el Gobernador de Heredia allá por el año de 1850. Por ese tiempo hubo un terremoto que destruyó, entre otros edificios, la fachada de la Parroquia; en esa época aquélla estaba en línea recta con las torres. El viajero que al caer de la tarde viera la silueta de la iglesia, allá a lo lejos, encontraba cierta semejanza con una cabeza de burro con las orejas muy paradas; por eso se la apodó "Cabeza de Burro". Al indagar el por qué la fachada se había destruido y las torres no, casi todos convinieron (y con ellos el señor Gobernador), en que éstas habían presionado a aquéllas hasta tal punto que no pudo mantenerse en pie. Don Rafael se preocupó por reparar los daños, aunque fuera en parte, e insistió en que se construyera salida, como está actualmente. Los trabajos duraron varios años y se llevaron a cabo en la época en que nuestro país estaba en "la guerra del 56".

En este punto don Tranquilino se había apartado del tema, según mi parecer, y se disponía a seguir adelante, cuando le interrumpí diciéndole:

-Eso no tiene relación con el asunto de la cañería. pero continúe Ud .. " Ya sabe que cualquier aspecto me interesa, mucho.

-¿Cómo que no tiene relación?-me replicó. Ya verá usted.

Sonrió alegremente al ver que me interesaba su conversación. Sus vivos ojos se achicaron hasta esconderse casi por completo entre sus párpados. Cuando reaparecieron, estaban más brillantes que antes.

-Si no está cansado continúo-me dijo.

-No señor, yo nunca me canso de oírlo a Ud.-le repliqué.

Sonrió de nuevo y continuó diciendo:

-"Ahora verá Ud. si tiene o no relación lo de la 19lesia con el asunto que nos ocupa.

Por ese tiempo había salido una compañía de heredianos a luchar, contra los filibusteros; esa compañía tomó parte en las batallas de Santa Rosa y Rivas. A Heredia llegó la noticia de que sus hijos se habían portado bizarramente, y habían llevado a cabo verdaderas proezas, pero a la vez llegó la mala noticia de que, debido al cólera, enemigo más temible que las balas, habían sufrido severas pérdidas a manos del enemigo, motivo por el cual se disponían a regresar a su ciudad natal.

Don Rafael decidió hacerles un caluroso recibimiento, pero para ello hacía falta dinero. ¿Cómo solucionar este problema? Decidió entonces pedir una contribución a todos los vecinos. Al llamado de don Rafael respondieron gustosos, y así pudo recolectar una buena suma.

Cuando se recibió la noticia de que los soldados se encontraban en San Antonio de Belén, don Rafael, junto con muchos conciudadanos se dirigió a ese pueblo con el objeto de darles la bienvenida. Llegó la compañía, y cuando todos esperaban que sus componentes, llenos de alegría, se desbandarían para saludar a sus familiares y amigos, vieron, no sin asombro, que continuaron marchando silenciosamente hacia Heredia, sin dibujarse en sus labios ni la más tenue sonrisa. Una vez todos en su ciudad natal, la gente decía: Seguramente van al Cuartel General, (que estaba situado donde está hoy la Escuela República Argentina). Sin embargo, pasaron por su frente, no entraron y continuaron marchando, marchando, sin decir una sola palabra. Entre los civiles nació y tomó cuerpo una 'nueva suposición: "Van a la casa de don Rafael", pero ante el asombro de todos, pasaron frente a dicha casa y no entraron tampoco. Ante tan gran misterio, no cabía más que esta otra hipótesis: "Van al Cabildo"; pasaron frente a su edificio y tampoco entraron. En este punto el asombro del pueblo llegó a su colmo. Por todas partes se oían las más raras historias y se hacían las más diferentes conjeturas. Realmente era algo raro; algo nunca visto. ¿Por qué aquellos hombres que tenían tanto que contar no hablaban? ¿Por qué miraban a sus familiares como desconocidos? ¿Por qué no prodigaban una sonrisa siquiera? Entre todas las hipótesis que surgieron con la rapidez del rayo como por obra de encantamiento, la que tuvo unánime aceptación fue la siguiente: "Estos soldados cayeron prisioneros de Walter, y como ese bandido es tan

malo, les cortó la lengua y luego los dejó en libertad.”

¡Claro!, eso tenía que ser. ¿Qué otra explicación había?

Llenos de compasión y como sonámbulos, los civiles continuaron acompañando a sus desgraciados compatriotas cuando inesperadamente vieron que entraron en la Iglesia, oraron, y después de dar gracias a Dios, salieron, estrecharon a los suyos y contaron los episodios más impresionantes de la guerra. Y, ¿ por qué habían hablado antes? No lo habían hecho porque era una promesa que debían cumplir a toda costa.

El espíritu del pueblo no estaba como para fiestas: y había tanto luto por doquier! ¿ Y el dinero que había recogido don Rafael? Al principio pensó en devolverlo, pero, ¿ quiénes habían dado y cuánto cada uno? Él no había llevado cuentas. ¡Cuentas! ¿ Y para qué? En ese tiempo no hacían falta. Un pueblo constituido por gentes honradas cree en la honradez de sus gobernantes, y más tratándose de don Rafael. Hubiera sido un crimen haberle hecho siquiera una insinuación al respecto, insinuación que tuviera el más leve asomo de desconfianza. Así, se vivía en esa Heredia de antaño, en esa Heredia de sanas costumbres y alto sentido de responsabilidad que nos hace exclamar con Manrique que "todo tiempo pasado fue mejor".

¿ Qué hizo entonces con el dinero? Decidió gastarlo en mejorar la cañería: mandó construir una buena atarjea para conducir el agua de San Rafael a esta ciudad y otras tantas abiertas que atravesaban casi todas las cuadras principales. El caño principal llegaba primero a la Plaza Nueva (hoy Parque González Flores), donde había una fuente en forma de cabeza de león. Ésa era la cañería pública. Este caño principal, después de atravesar la ciudad, se desviaba hacia Barrio Mercedes, de manera que los vecinos de ese lugar se aprovechaban también del agua.

Los trabajos de esta cañería primitiva los hizo Fadrique Gutiérrez, que fue candidato a la presidencia y obtuvo 34 votos".

-¿Se convence, jovencito?;-dijo don Tranquilino haciendo un paréntesis. ¿ Se convence de que sí tiene relación lo de la Guerra del 56 con el tema que 'estamos tratando? –Sí - le contesté. Tiene Ud. razón. Pero continúe, continúe; está muy interesante la conversación.

-Con mucho gusto. ¿ Quiere que continuemos, o seguimos mañana ? Yo por mi parte, podría estar muchas horas más.

-Yo también, don Tranquilino: le dije-. Continúe. No sabe cuánto me agrada su conversación,..

-Pues bien-dijo, Arrimó más su silla y continuó de está manera:

"La segunda cañería la hizo don Juan Brealey, socio de negocios de don Braulio Morales. Después de separarse de éste, hizo un contrato con la municipalidad para construir una nueva cañería, por la que cobró 25.000 pesos. Una vez terminados los trabajos, la

municipalidad se negó a recibir la obra, alegando que los tubos que se dirigían de este a oeste eran más delgados que los de las calles y por esa razón las casas que tenían que recibir el agua de esos tubos se quedaban sin ella o la recibían en poquísima cantidad. Además, don Juan se había comprometido a hacer la pila del Parque Central, más o menos del tamaño que tiene ahora, y la hizo más pequeña. Como la municipalidad se negaba a pagarle, don Juan se fue a ver a don Tomás Guardia, Presidente de la República en ese entonces, el cual pagó la obra con dinero del Estado e hizo que la municipalidad la recibiera y por supuesto, ésta acató la orden muy gustosa, por aquello de que "a caballo regalado no se le busca el colmillo". El Gobernador de ese entonces era don Juan Vicente Gutiérrez,

Después vino como Gobernador don Juan Flores, uno de los heredianos que más honraron a su ciudad con el brillo de su talento y la nobleza de su corazón. Era médico y como tal, comprendió la necesidad de que Heredia tuviera agua pura. A pesar de que ya existía una cañería regular, el agua venía impura porque la acequia que la conducía de San Rafael era abierta y en las rafaletas lavaban su ropa, los animales tomaban el agua y los cerdos se revolcaban; hasta se dijo, y no sin insistencia, que una yegua se había ahogado y podrido en ella.

El Dr. Durán, Presidente de la República en ese tiempo, era íntimo amigo del Dr. Flores y por esa razón venía a visitarlo a menudo. Cuando esto hacía, los heredianos se daban el gusto de verlo pasear a caballo, las polainas bien lustradas y las alforjas en ancas por esas calles empedradas de la Heredia vieja; camino a la casa de don Juan. En las alforjas traía dos botellas de agua de San José. Cuentan que en cierta ocasión en que el Sr. Gobernador preguntó a su distinguido visitante por qué siempre que lo visitaba traía agua como si en Heredia no hubiera cañería, éste contestó: "el agua de aquí no se puede tomar", y luego agregó en son de broma: "mi amigo: yo aprecio mucho la vida."

Por éstas y muchas otras razones el Dr. Flores estaba empeñado en mejorar la cañería pero no había logrado su deseo por falta de dinero. Aconteció que en ese tiempo se firmó el contrato para la construcción del mercado, conteniendo las mismas cláusulas que el firmado en Cartago con el mismo fin. Una vez concluida la obra, la compañía se dispuso a entregarla formalmente, pero don Juan la rechazó por la siguiente razón: En el contrato se había estipulado que la compañía daría el mercado con piso de piedra viva y no cementado, como lo dio, Nuestro Benemérito don Ricardo Jiménez era el abogado de la compañía y después de discutir el problema con don Juan, acordaron que ésta rebajara 18.000 pesos por no haber cumplido con el requisito antes mencionado. El Sr. Gobernador decidió emplear este dinero en mejorar la cañería, pero por desgracia para la ciudad, fue separado de su puesto por razones de política.

Vino luego el gobierno de don Rafael Iglesias. Este Presidente dio la actual tubería, que costó 22.000 pesos. Una vez traída a la ciudad comenzaron los trabajos; habían puesto una gran parte, cuando se paralizaron y poco tiempo después, los tubos sobrantes fueron llevados a San José para el Liceo de Costa Rica.

Por último, en la segunda administración de don Ricardo, fue construida la Subestación y los actuales estanques de "La Joya". Los trabajos de la construcción de estos fueron dirigidos por el ingeniero don Manuel Benavides.

Desperezóse un poco y dijo: -Bueno, creo que por hoy hemos terminado. Cuando quiera saber algo más, vuelva, las puertas estarán siempre abiertas.

En realidad, esas puertas estuvieron siempre abiertas, para todo aquel que quisiera aprender algo o solicitar un consejo, para todos los buenos, para todos los que tuvieran buenas intenciones. Pero no para los perverso; éstos las encontraron siempre cerradas y temblaron ante su frase sencilla y valiente que cual látigo zahirió sus deshonrosas pretensiones o sus hechos que empequeñecían a la patria.

Me despedí, lleno el espíritu de gozo. En el camino recordé aquella sentencia que otrora dijera el recordado Omar Dengo: "No me importaría que mis alumnos no aprendan Historia con don Tranquilino; él por si mismo, es una lección viva de civismo y de hombría de bien".

Y yo, su alumno de ayer, de hoy y de siempre, aprendí Historia y tuve ante mí la lección viva a que se refería el insigne educador.